

denuedo, Napoleon no hacia de su capacidad ningun caso. Este espíritu presuntuoso é incompleto, despejado y aplicado á medias, creido de profundizar lo que apenas estaba á su alcance, empeñado siempre en hacer la figura principal é idóneo á lo mas para la segunda, sin la bastante superioridad para dirigir, ni la suficiente modestia para obedecer, era antipático á Napoleon que mostraba marcada preferencia al talento sencillo, sólido y aun algo limitado, si bien puntual y enérgico en la obediencia, de muchos de sus mariscales. Asi puso encima de Marmont á muchos hombres que éste creia muy por debajo. Marmont habia cometido además en Craonne una falta grave, que á pesar de todo, no le trajo todas las reconvenciones de que era digno, y guardaba rencor á Napoleon en vez de guardárselo á sí propio. Todas estas miserias de la vanidad fueron penetradas á maravilla por Mr. de Talleyrand en la entrevista que tuvo con Marmont el 30 de marzo por la noche, y designó á este mariscal como el blanco á que se debian dirigir todas las seducciones. Efectivamente, la vanidad descontenta es en los momentos de crisis un objeto á que se puede enderezar la intriga con gran probabilidad de buen suceso. Añádase que en las presentes circunstancias tenia Marmont una posicion adecuada no menos que su carácter á atraer sobre su persona los esfuerzos de los seductores. Acababa de defender á París con brillo, y se atribuia todo el honor de esta defensa, aunque tocara por mitad al mariscal Mortier de derecho. Finalmente, se hallaba situado junto al Essona, cubria la reunion de tropas que se efectuaba en Fontainebleau, y hacerle pasar al lado del gobier-

no provisional equivalia á decidir la cuestion que el génio y el caracter indomables de Napoleon aun mantenian al parecer dudosa. Se buscó una persona intermedia de quien valerse en esta coyuntura, y se halló en Mr. de Montessuy, antiguo amigo de Marmont, y tambien su antiguo ayudante de campo, que habia dejado la milicia por la hacienda, portándose con lucimiento en esta nueva carrera, y participaba de todas las ideas sanas de la alta clase media en punto al despotismo imperial y á la guerra, y ejercia, por último, sobre Marmont el ascendiente de que suelen gozar los ayudantes de campo, ascendiente fundado en conocer sus debilidades y en saber cómo se habia de sacar partido de ellas. A Mr. de Montessuy se le entregaron cartas de los personajes de mas viso del nuevo gobierno, asi para Marmont como para otros gefes del ejército, y se le envió á Essona. Otro medio no menos eficaz se añadió á éste que lo era de suyo. Asi que se juzgó que Napoleon, retirado á Fontainebleau, concentraba allí sus tropas, se trasladó parte del ejército aliado á la orilla izquierda del Sena. En París y en sus cercanías se reunieron las reservas de los aliados, incluso el cuerpo de Bulow, empleado primeramente en el bloqueo de Chalons, y situóse entre Juvisy, Choisi-le-Roi, Longjumeau y Moulthery una porcion notable de la hueste enemiga. No lejos de Essona establecióse el cuartel general del príncipe de Schwarzenberg, á fin de que el generalísimo estuviera en aptitud de aprovecharse de las primeras debilidades de Marmont. No fué éste el único blanco de sus manejos; al mariscal Oudinot se le envió un oficial y deudo suyo, se hizo que Mr. de Beurnonville escribiera á

su amigo el mariscal Macdonald, y, finalmente, despacháronse á Fontainebleau no pocos emisarios, militares los mas de ellos, y á quienes el ardiente deseo de saber noticias haria sin duda que fuesen acogidos por la curiosidad, la fatiga ó la deslealtad.

Tema obligado de todas las comunicaciones escritas ó verbales era que se pertenecía al país y no á un hombre; que este hombre habia perdido á Francia; que, si despues de comprometerla, se hallase con medios de salvarla, aun se debería quizá ir en torno de su persona; pero que á la sazón no podia mas que derramar una sangre generosa, harto vertida ya á oleadas; que Europa estaba resuelta á no entrar en tratos con tal hombre, y se manifestaba propicia á otorgar condiciones honrosas á todo gobierno que no fuera el suyo; que así convenia adherirse desde luego al gobierno provisional con quien Europa vendria á ajuste; que con asociarse á este gobierno se le darian fuerza y autoridad, y, en suma, todos los medios propios á imponer respeto, ora á los monarcas aliados, ora á los Borbones, pues al llamarlos se querian adoptar precauciones legales en su contra. Finalmente, á estas razones juiciosas y de buena ley á todas luces, se añadieron otras menos elevadas, si bien abonables, con decir que, hallándose próxima la vuelta de los Borbones, estos recibirian con los brazos abiertos á los militares que pasaran á su lado, y con mayor predileccion á los primeros que se declarasen por su causa.

Independientemente de estas intrigas, los autores principales de la nueva revolucion cuidaron de hacer salir de París á Mr. de Caulaincourt, pues

este personaje, admitido por Alejandro tan íntimamente, como cuando representaba al vencedor de Austerlitz y de Friedland en San Petersburgo, les ofuscaba con su presencia, al modo que les habia ofuscado el congreso de Chatillon poco antes. Efectivamente, mientras parecia que se negociaba con el emperador caído, nada estaba seguro á sus ojos, y dieron á entender el czar no ser prudente ni generoso estimularles á contraer mayores empeños, si aun quedaba alguna probabilidad de avenencia con Napoleon aun cuando fuese muy remota. Lo comprendió así Alejandro, y aunque por efecto de pura bondad se le hiciera cuesta arriba decir á Mr. de Caulaincourt la verdad por entero, al cabo desalentóle del todo, para obligarle a dejar á París sin necesidad de mandárselo expresamente. Como le repitiese Mr. de Caulaincourt de continuo que era juguete de intrigantes, de hombres de partido, que le engañaban con respecto á los sentimientos de Francia, y que por querer llevar al último extremo su triunfo, se exponia quizá á alguna catástrofe, que envolviera en un desastre comun á la capital de Francia y al ejército aliado, le dijo Alejandro que no daba crédito á hombres de partido, ni á intrigantes, sino á sus propios ojos; que á Napoleon ya no le queria nadie; que tenia tan fatigada á Francia como á la misma Europa; que de consiguiente habia que someterse á la necesidad y renunciar á verle en el trono; que bien se sabia que era capaz de mucho, pero se estaba sobre aviso, y aun se estaria mas y muy en breve; que los que amaban á Napoleon ya solo le podian prestar un servicio, y consistia en inducirle á resignarse, único medio de lograr que fuera su suerte menos

rigorosa. Siempre esmerándose en contemplar á Mr. de Caulaincourt, al hablar Alejandro de una suerte menos rigorosa para Napoleon, dejó entrever que se trataba de un retiro mejor para su persona, y de un trono para su hijo bajo la regencia de Maria Luisa. A pesar de ser Mr. de Caulaincourt poco propenso á las ilusiones, no dejó de concebir á la sazón ciertas esperanzas, y se dijo que aquel trono seria tal vez el de Francia, concedido al rey de Roma bajo la regencia de su madre. Ya próximo á marchar á Fontainebleau, tentó un postrer esfuerzo cerca del príncipe de Schwarzenberg, que en calidad de representante del suegro de Napoleon y de negociador antiguo del matrimonio de Maria Luisa, se debía sentir algo mas dispuesto á guardar contemplaciones, ya que no á Napoleon, á lo menos á su dinastia, pero hallóle Mr. de Caulaincourt mas desalentador aun que á Alejandro, y menos reservado en las expresiones. Importunado el príncipe de Schwarzenberg por la presencia de Mr. de Caulaincourt y por sus instancias le dijo que ya era fuerza hablar con lisura; que no se queria ni á Napoleon, ni á los suyos; que Austria habia trabajado en su apoyo hasta el último extremo; que con el anhelo de facilitar una postrera ocasion de acomodo, habia ideado el armisticio de Lusigny, y que en lugar de corresponder á sus intenciones paternales, Napoleon escribió á su suegro una carta ofensiva para este monarca, suponiéndole en via de engañar á sus aliados, y peligrosa para Europa, si la corte de Austria fuera capaz de ceder á seducciones; que á contar desde tal fecha el emperador Francisco, hondamente agraviado, se asoció á la idea de no tratar con Napo-

leon en adelante: que de resultas se emprendió la operación aventurada de marchar sobre París; que se habia triunfado á pesar de los peligros inherentes á empresa de tanto bulto, y no se sacaría partido inferior á tan buena fortuna; que ya no se queria á Napoleon á ningun precio; que por otra parte, hallando del mismo parecer á Francia, no se le alcanzaba la razon para hacer alto en un camino, que era el seguro á todas luces, pues no se podia esperar reposo mas que desembarazándose de un hombre que traia revuelto al mundo y hacia diez y ocho años; que se resentia de quimérico lo de aspirar á que reinaran su esposa y su hijo, no pudiendo ni la una ni el otro; que á lo menos el Austria no cargaria con la responsabilidad de tal providencia; que esto equivaldria al gobierno de Napoleon bajo otro nombre, ó al mas débil é impotente de los gobiernos, bajo el cual no seria dado gozar de reposo á Francia, ni de tranquilidad á Europa; que por tanto se debía abrazar un partido; y que, en vez de andar Mr. de Caulaincourt en solicitudes cerca de personas, que le oian por urbanidad con atento semblante, y por deber con los oidos cerrados, mejor haria en ir á manifestar la verdad á Napoleon y á obtener que se resignara á su suerte, con lo que pondria término para sí, para Francia y para todo el mundo á una dolorosa y harto prolongada agonía.

Irritado por franqueza tan ruda Mr. de Caulaincourt, aficionado tambien á decir la verdad sin contemplaciones, preguntó al príncipe de Schwarzenberg, sino era chocante que el ministro del suegro de Napoleon afectara figurar en contra suya como el mas decidido entre los representantes de Europa;

que el humilde solicitador en otro tiempo del matrimonio de María Luisa fuera hoy el despreciador mas altanero de este enlace y de los deberes morales que traia consigo; que el diligentísimo y muy bien galardonado lugarteniente del emperador de los franceses en la campaña de Rusia, se mostrara tan severo con relacion á sus empresas belicosas; y que olvidase tan pronto á pesar de las muy recientes ocasiones de recordarlo de lleno, lo que eran el ejército francés y su caudillo.—Quizá suponeis, añadió altivamente Mr. de Caulaincourt, que porque yo, constante apóstol de la paz, estoy aqui suplicando que se celebre de seguida, por haberla deseado despues de Wagram y de Dresde como ahora, quizá suponeis que mi actitud es la del soberano á quien sirvo. Y os engañais del todo. Su genio es tan indomable como nunca. Además está exasperado. Sus soldados participan de sus resentimientos, y si aun pudieron los austriacos dar las batallas de Essling y de Wagram, cuando ya ocupaban la capital sus enemigos, no serán menos los franceses para arrancar á su patria de manos de los extranjeros; y al cabo no es gran jactancia suponer que los franceses valen lo que los austriacos, y Napoleon lo que el archiduque Carlos.—

Algun tanto impresionado por la aspereza de Mr. de Caulaincourt, le respondió el principe de Schwarzenberg que nunca habia olvidado lo que á Napoleon debia personalmente; pero que habia alguien á quien debia mas, y era á su propio soberano; que habia deseado y aun solicitado el matrimonio de María Luisa y conocia su valor, pero que lo miraba como un lazo y no como una cadena; que, por consideracion á este vínculo, asi

en 1813 como en 1814, nada habia quedado que hacer al Austria para iluminar á Napoleon é inducirle á resoluciones moderadas; que no habia salido airosa, y todo tenia limite en este mundo, sin excluir las consideraciones del parentesco; que respecto de los actos de desesperacion se preveian formidables de un hombre de genio y á la cabeza de un ejército de franceses, pero que se estaba sobre aviso y con resolucion de pelear á la desesperada; que si para los franceses se trataba de arrancar su patria de manos de los extranjeros, para las potencias todas era cuestion de arrancar su independencia de manos de un dominador implacable; que los que habian sido esclavos anhelaban romper sus cadenas: que si era fuerza salir de Paris se saldria, bien que para volver pronto, pues los aliados no se mostrarían menos amantes de su independencia que los franceses de la integridad de su territorio.

Evidente es que, si Austria por conveniencia y por cordura habia querido contemplar á Napoleon en 1813, y que al ofrecerle la paz de Praga, se satisfizo con poner límites á su dominacion absoluta sobre Europa; que, si en Francfort, por conveniencia tambien y por cordura, le habia ofrecido dejar á Francia con el Rhin y los Alpes; y que, si últimamente en Chatillon, por evitar los riesgos de la marcha sobre Paris, le habia brindado con la Francia de 1790; ahora, creyendo superados todos los peligros y satisfechas todas las conveniencias, Austria preferia acabar con un yerno insoportable, y especialmente recoger todos los frutos de la comun victoria, frutos para ella inesperados é inmensos, pues al quitar los Países Bajos y las provin-

cias del Rin á Francia, y al renunciar por sí á estas posesiones, en cambio tendria la linea del Inn, el Tirol y la Italia. Además, la satisfaccion muy dudosa para ella y embarazosísima en muchos casos, de ver á una archiduquesa proseguir regente de Francia, no equivalia al peligro de presenciarse que Napoleon tornara á empuñar el cetro, y preferia dar á esta archiduquesa una compensacion en Italia, aun á su costa, mas bien que dejarla en París para guardar á Napoleon su puesto. Este cálculo muy natural no probaba que Francisco II fuera mal padre, sino que este príncipe amaba mas el interés de sus pueblos que el de su hija, y no cabe decir que faltara así á sus verdaderos deberes. De esta suerte se esplicaba el ningun apoyo que la causa de Napoleon hallaba en el príncipe de Schwarzenberg, representante demasiadamente franco de una política que siguiera Mr. de Metternich, si se encontrara en París por entonces, con mas miramiento, si bien con no menor constancia. Convencido Mr. de Caulaincourt por cuanto habia oido y hecho en el curso de estos tres dias, de la imposibilidad de poner al lado de Napoleon á nadie, ni entre los servidores mas eminentes del imperio, ni entre los representantes de los soberanos aliados, á pesar de todo quiso ver de nuevo al emperador Alejandro, para averiguar si, ya que la persona de Napoleon fuera sacrificada, aun quedaria alguna eventualidad favorable á su dinastia. Alejandro le recibió con la bondad de siempre, bien que repitiéndole poco mas ó menos lo que ya le habia significado sobre la necesidad de ir á Fontainebleau, á aconsejar un inmenso y postrer sacrificio. —Partid, le dijo, partid, pues á cada instante se

me insta para que nos despida: se me declara que vuestra presencia sobrecoge á muchas personas, y les hace temer una vuelta hácia Napoleon de nuestra parte; y acabaré por verme compelido á alejarme, porque ni mis aliados ni yo queremos dar pábulo á semejantes suposiciones. Creedme, no abrigó ningun resentimiento. Napoleon es desgraciado, y desde este instante le perdono todo el mal que ha hecho á Rusia. Pero Francia y Europa necesitan reposo, y con él no lo tendrán nunca. Sobre este punto nuestra resolucion es irrevocable. Para su persona exija lo que sea de su agrado, pues no hay retiro que le sea negado por nosotros. Si quiere coger la mano que le tiendo desde ahora, véngase á mis Estados, y allí lo tendrá magnífico y con una cordial hospitalidad, que es todavía de mayor precio. Así daremos ambos un gran ejemplo al mundo, al ofrecer yo y al aceptar él este asilo. Pero no hay otra base posible de ajuste que su abdicacion. Partid pues, y tornad cuanto antes autorizado para tratar sobre las únicas condiciones que pueden ser admisibles. — Mr. de Caulaincourt aspiró á saber si abdicando Napoleon salvaria el trono de su hijo. Alejandro rehusó esplicarse, no sin afirmar que aun no estaba irrevocablemente resuelta la cuestion relativa á los Borbones, por mas que al parecer todo se inclinaba hácia ellos; siempre manifestó la misma frialdad hácia esta familia augusta, é insistió de nuevo en que Mr. de Caulaincourt se ocupara en la suerte personal de Napoleon lo mas pronto posible. Queriendo Mr. de Caulaincourt echar la sonda, preguntó si, al quitar á Napoleon la Francia se le daria en indemnizacion la Toscana. — ¡La Tosca-

nal exclamó Alejandro. ¿Por ventura, aunque tal país es bien poco en comparacion del imperio francés, se os puede ocurrir que las potencias dejen á Napoleon sobre el continente, y que Austria le sufra en Italia? Eso es imposible.—Pero á lo menos Parma, añadió Mr. de Caulaincourt, ó Luca.—No, no, nada sobre el continente, repitió Alejandro; una isla, eso es otra cosa... la de Córcega quizá...—Pero la isla de Córcega pertenece á Francia, repitió Mr. de Caulaincourt, y Napoleon no puede consentir en aceptar uno de sus despojos.—Pues bien, sea la isla de Elba, añadió Alejandro; pero partid, comunicad á vuestro soberano una resignacion necesaria, y allá veremos. Todo lo que sea conveniente y honroso se llevará á cabo. No olvido lo que se debe á un hombre tan grande y tan sin ventura.—

Mr. de Caulaincourt partió despues de oír estas palabras, convencido de que sin un prodigio militar no se debía esperar absolutamente nada para Napoleon y casi nada para su hijo, y de que solo haciéndole conocer la verdad cumpliria con sus deberes. Se puso en camino el 2 de abril á la caída de la tarde, en el momento en que la destitucion iba á ser pronunciada y con la seguridad de que lo sería dentro de pocas horas. A Fontainebleau llegó en el curso de aquella noche.

Mientras Mr. de Caulaincourt se esforzaba en París vanamente por fortalecer las fidelidades vacilantes, y por detener á los soberanos en sus resoluciones extremadas, no habia perdido Napoleon en Fontainebleau las horas. No cuadraban mejor á su gran carácter las cuitas que á su gran talento las ilusiones. Si se las forjaba ó veces, no era sino

como una excusa ó un estímulo que se daba á sí propio en sus designios temerarios, y sin figurar á pesar de todo como juguete de ellas. En medio de su desventura no temia abrir enteramente los ojos á la verdad, y le sobraba espíritu para contemplarla sin palidecer de resultas. Aunque á la sazón estaba fuera de París, casi habia adivinado lo que acontecia dentro; habia previsto que los soberanos aspirarian á sacar las últimas consecuencias de su triunfo, que le abandonaria el Senado; y que un gran suceso militar era el único recurso para conjurar este peligro. Así desde su vuelta á Fontainebleau, tomó sus mapas y sus estados de tropas, y abarcando de una ojeada la excelente bien que terrible eventualidad que al parecer le deparaba aun la fortuna, resolvió obrar de suerte que no se le escapara de las manos.

Despues de perder los aliados cerca de doce mil hombres bajo los muros de París entre muertos y heridos, y despues de atraerse el cuerpo de Bulow, aun contaban hasta ciento ochenta mil combatientes. Napoleon no reunia menos de setenta mil, agregando á las fuerzas que llevaba consigo los cuerpos de los mariscales Mortier y Marmont y algunas tropas de las márgenes del Yona y del Sena. Enorme era la desproporcion sin disputa; pero la pasion del ejército muy de bulto en las filas inferiores, el genio de Napoleon, las circunstancias locales, podrían compensar esta inferioridad numérica, y todo inducia á presagiar para la capital y para la coaliccion una catastrofe inmensa. Cuando se piensa en el galardón de la victoria, si se hubiera triunfado, en la Francia restablecida de un solo golpe en su grandeza, y nos referimos

á su grandeza apetecible, no á su grandeza loca, á la línea del Rhin y no á la del Elba, no vacilamos en decir que la ganancia posible justificaba la puesta, aun cuando todos los esplendores de París debieran sucumbir en una sangrienta jornada. Bien valia la frontera del Rhin cuanto pudiera perecer en la capital, y no habria medio de abonar á los que, habiendo seguido á Napoleon hasta Moscou, no le siguieran ahora hasta París. Sea como quiera, Napoleon concibió un plan, cuyo resultado no le parecia dudoso, y cuyo feliz éxito se juzgará por la posteridad como verosímil á lo menos. Desde que se estableció en Fontainebleau para concentrar allí sus tropas, se distribuyeron los aliados en tres masas, una de ochenta mil hombres á la orilla izquierda del Sena, entre París y Essona; otra dentro de París mismo, y otra extramuros y á la orilla derecha del Sena. Napoleon juzgaba mortal para ellos la posicion que habian tomado, con tal de saber aprovecharla. De improviso queria cruzar á la cabeza de su ejército el Essona, arrollar sobre los arrabales de París á los ochenta mil hombres de Schwarzenberg, llamar á los parisienses á las armas, y aprovechándose de la turbacion probable de los aliados, acometidos de pronto, destrozarlos, ya se metiera en la ciudad detrás de ellos, ya pasara de súbito á la derecha del Sena por todos los puentes de que disponia, y se precipitara sobre su línea de retirada. Efectivamente era probable que con los setenta mil hombres que Napoleon tenia á la mano atropellara á los ochenta mil que se le oponian directamente; que arrollados estos sobre París entraran allí en desorden; que el menor concurso de los parisienses

convirtiera este desorden en derrota; y que, siguiéndoles Napoleon á quemarropa, ó cayendo por la derecha del Sena sobre su línea de retirada, colocara á la coalicion en una situacion de que no saliera sin trabajo, aun cuando tuviera á su frente lo que no tenia ni con mucho, al mas insignie de los capitanes. Probabilísimo era tambien que después de tal suceso, y ayudado por el paisanaje de Borgoña, de Champaña y de Lorena, que no se dejaria de arrojar sobre los vencidos, puesto que se arrojaba sobre los vencedores, Napoleon repeliera á la coalicion hasta el Rhin, muy en breve. Si se engañaba en sus conjeturas, á nuestro ver mas valia de cierto engañarse á la par suya este dia, que haberse engañado con él en Wilna en 1812, y en Dresde en 1813. Por lo demás, inquietándose poco de los peligros de París, discurría en lo concerniente á esta capital como los rusos acerca de Moscou, y pensaba que el mas subido precio sería insignificante á trueque de conseguir el exterminio del enemigo que habia penetrado hasta el corazon de Francia. Imperturbable en medio de las situaciones mas violentas, y pasando siempre y de seguida de la concepcion de sus planes á los pormenores para ejecutarlos, expidió sus órdenes en consecuencia. A los mariscales Marmont y Mortier habia situado á lo largo del Essona, á Marmont en la poblacion de este nombre, y á Mortier en Mennecy. Reforzó el cuerpo de Marmont con la division de Souham, que lo menos contaba seis mil hombres; repuso la artillería de Marmont y de Mortier, dejada en parte bajo los muros de París, y con los recursos del gran parque suministró á los dos mariscales se-

venta bocas de fuego perfectamente municionadas. Les prescribió que cñeran á Corbeil de obras de campaña, á fin de apropiarse el puente, además del de Melun que era suyo, de modo de poder maniobrar á voluntad sobre cualquiera de las dos orillas del Sena, y que juntaran en Corbeil todas las provisiones de granos desparramados abundantemente á la derecha del río, y que fabricaran en Essona cuanta pólvora fuera posible. En direccion de Arpajon escalonó su caballería, á fin de ponerse en comunicacion con Orleans, adonde acababa de llamar á su esposa, á su hijo, á sus hermanos y á sus ministros. Además hizo avanzar entre Chailly y Ponthierry á la Jóven Guardia, con el fin de hacer lado á los cuerpos de Oudinot, de Macdonald, y de Gerard, que iban á llegar de un momento á otro. Finalmente, envió á buscar á las tropas, que á las órdenes del general Alix habian defendido con tanto denuedo el Yona, y tomó así todas las disposiciones para tener concentrado todo su ejército detrás del Essona en el curso del día 4, plazo el mas corto posible, si se considera la distancia que hay de Saint-Dizier á Fontainebleau. Cotidianamente pasaba revista á los cuerpos á medida de su llegada, y sin explicarse claramente, les dejaba entrever un brillante desquite de la derrota sufrida bajo los muros de la capital. Al verle prorumpia la Guardia en frenéticos gritos. Infantes y ginetes, agitando unos sus fusiles y otros sus sables al grito ordinario de, *viva el emperador*, mezclaban el mas significativo de ¡*A París!* ¡*A París!* Otros cuerpos del ejército, mas bisonos y sensibles á las penalidades llegaban cansados y tristes á veces; mas no resistian á la presencia de Napoleon, á la vista

de su rostro, sombrío á la par que inspirado, y despues de un poco de reposo, cedian al contagio pe los sentimientos, cuyo foco ardiente existia en la Guardia imperial. Por el contrario, los gefes del ejército estaban consternados, y la presencia de Napoleon les embarazaba y aun movia á enojo sin reanimarles. No se atrevian á poner en cuestion que aun debieran llenar el deber respecto del pais de una última y sangrienta batalla, si de esta suerte se podia salvarlo, pero clamaban contra la idea de darla dentro de París, en el caso de que allí se propusiera Napoleon empeñar la lucha, lo cual ignoraban por completo, aunque lo esparcian en torno suyo, para hacer este proyecto odioso. Sus ayudantes de campo y sus lados lisonjeros usaban del mismo lenguaje. Muy otro era el de los oficiales de filas. Estos no hablaban mas que de vengar el honor de las armas, é infundian sus pasiones á los soldados. Así tan luego como Napoleon aparecia de todas partes estallaban muy vehementes arranques, y se manifestaba un comun sentimiento, no de adhesion á su persona, sino de exasperacion contra el enemigo, y contra los traidores que habian entregado la capital, al decir de las tropas.

Dias hay muy tristes en que el deber se presenta oscuro y en que los corazones mas honrados están perplejos. A la sazón se tocaba esta verdad, y así es que cabia ser muy sinceramente en París de un dictámen, y en Fontainebleau de otro. Efectivamente comprendemos que, sin estimar al Senado, se pudiera en París asentir á sus resoluciones, y preferir la paz, la libertad bajo la antigua dinastía, á la guerra perpétua bajo un gobierno arbitrario y violento; y que al revés en Fontaine-

bleau á soldados valientes, sin pensar acerca de elegir entre dos sistemas políticos, sino en expulsar al extranjero del territorio, les arrebatara de ardiente entusiasmo la sola esperanza de aniquilar á la coaliccion, aun cuando fuera bajo las ruinas de París. Y aunque la verdad no dependa de los lugares, aunque lo que es verdad en uno, no sea mentira en otro, nos parece que la manera de verla puede depender de las situaciones, y que los deberes pueden variar segun el lugar en que se hallen los que anhelan cumplirlos. En París los buenos ciudadanos debian optar por la Carta y por los Borbones; á la par que los soldados en Fontainebleau, á la menor esperanza de expulsar al enemigo del territorio, una vez mas debian esponder su vida, y mas patriótico fuera morir este dia delante de Essona que tiempos atrás en París ó en Jena, pues de cierto se muriera por la patria, y sacrificándose á la adversidad y no á la fortuna.

Por lo demás, repetimos que era natural que á la faz de sucesos tan graves se sintieran las almas hondamente agitadas. Con efecto, Mr. de Caulaincourt hallólas muy conmovidas, y cuando llegó á la puerta de Napoleon el 2 de abril por la noche, los ociosos de estado mayor que la guardaban, le acosaron á preguntas, y le suplicaron que dijese al emperador la verdad sin rebozo. No necesitaba tan noble personage que se le estimulara á obrar en tal sentido. Sencillamente, sin rodeos, sin reticencias, expuso cuanto en París habia visto y oido, no disimuló á Napoleon ni las furiosas iras de que era blanco, ni menos las resoluciones extremadas de los soberanos respecto de su persona; y aunque jamás vacilaba en dar un consejo, no lo hizo al

presente, tan árduo era decidirse, y tan inútil y cruel insinuar el mas leve. Napoleon recibió á Mr. de Caulaincourt con afabilidad suma é inequivocas muestras de agradecimiento. No pareció turbado ni sorprendido por sus revelaciones. Ya por diversos conductos habia sabido algunos de los hechos referidos por Mr. de Caulaincourt, y habia adivinado los otros. Ya conocia la ereccion del gobierno provisional, hasta su destitucion del trono, aunque sin los considerandos, y especialmente los esfuerzos intentados para derribar su estatua. — Muy bien hecho, dijo á Mr. de Caulaincourt, me está bien empleado. Yo no queria estatuas, por saber que no hay seguridad en recibirlas mas que de la posteridad. Para conservarlas en vida habria que ser dichoso de continuo. Donon quiso adularme. yo tuve la debilidad de ceder á su deseo, y ya veis lo que he ganado. Pero pasemos á materia mas importante. Nada de cuanto referis me asombra. Talleyrand se venga de mí; nada mas sencillo. Los Borbones me vengarán de él. Pero todos esos hombres de la revolucion que llenan el Senado, y entre los cuales hay mas de un regicida, se pasan de imprudentes al echarse así en brazos del extranjero, que los echará en brazos de los Borbones. Mas están sobrecogidos de espanto, y buscan su seguridad donde les es posible. Respecto de los soberanos aliados, su afan se reduce á abatir á Francia. Sin embargo, se portan poco dignamente conmigo. Destronar pude al emperador Francisco y al rey Guillermo, pude desencadenar á los paisanos rusos contra Alejandro, y me abstuve de hacerlo. Con ellos me porté á lo soberano, y ellos se portan respecto de mi persona á la manera de ja-